
La Parábola del Último

Arturo Robsy

textos.info

Libros gratis - biblioteca digital abierta

Texto núm. 6871

Título: La Parábola del Último

Autor: Arturo Robsy

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 1 de septiembre de 2021

Fecha de modificación: 1 de septiembre de 2021

Edita **textos.info**

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Parábola del Último

Para Elena Arias-Salgado Robsy

Cuando desperté nadie quedaba a mi alrededor. Todo había terminado, aunque no sabía muy bien en qué pudo consistir ese todo. Simplemente regresé del sueño como cada mañana. La boca pastosa me daba el informe general sobre mi cuerpo y me recordaba el festín de la noche anterior. Los ojos, entrecerrados todavía, me enviaban turbias imágenes del mundo. Las manos... bueno: las manos: sirven siempre para lo mismo al despertar: para rascarse y taparse los bostezos de la boca.

Un detalle más: estaba solo. Y esto lo supe nada más emerger del pegajoso sueño: fue una sensación automática como de despertar y saber que estás despierto. Bien: yo estaba, además, solo y no había remedio para ello. Debo avisar que, en un principio, me pareció de perlas.

He aquí que hoy no tendría que acudir al trabajo, por ejemplo. Para después, le había prometido a mi mujer llevarla de tiendas... ¡Imagínense! Dos o tres horas de inaplazable aburrimiento, diciendo que sí y esforzándome por atender a los dibujos y colores de los vestidos que ella me enseñaría. Dos o tres horas de viril soledad en lo profundo del más femenino de los mundos... También estaba el asunto del dentista, para el que tenía hora: ya no me dolía la muela que había que extraer, de modo que era bendición del cielo esto de haber despertado solo, solo, solo.

Vagueé cuanto pude en la cama. Probé todas las posturas del lado derecho y luego hice de ellas una versión libre en el izquierdo. Me abracé a la almohada. Me la puse, por fin, bajo los riñones y quedé todo lo arqueado que me permitió mi pobre columna vertebral. Repasé a tientas con el índice cada una de las molduras de la cabecera. Me destapé y me volví a tapar. Encendí un cigarrillo y pensé en la vez en que quemé todo un colchón y parte de mi codo. Entonces reconocí que me aburría y me puse a gritar.

Gritar es un placer que muy pocos hombres de nuestro tiempo conocen. Y no me refiero a esas personas que hablan subiendo mucho la voz, ni a las histéricas mujeres que tienen un disgusto. Al decir gritar pienso en todos los hombres herméticos, atrapados por la rutina de un trabajo y unos hábitos, encerrados en pisos de papel donde se impone hablar en tono menor para evitar que el vecino nos responda. Me refiero a todos esos hombres que se tragan la cólera y el dolor y que no se conocen el grito, salvo en aquella ocasión en que cantaron delante de unos vasos altos:

*Asturias tiene la fama
de las mujeres bonitas
del vino y del aguardiente;
y de los hombres valientes*

Porque en España, una vez comidos y bebidos adecuadamente, los hombres son asturianos sin excepciones...

En fin: que grité y que en el grito encontré la primera sorpresa y el primer entretenimiento. Nos sabía la fuerza de mi voz. Grité en el dormitorio; y en el baño después; y en el comedor, en la cocina, mientras me iba bebiendo la botella de leche. Grité, por fin, sobre la desierta calle:

—¡Aeoh! ¡Aeoh! —nadie respondía. Ni el eco, porque las ciudades no lo tienen: el eco es patrimonio exclusivo de la naturaleza y de los estudios de grabación.

—¡Aeoh! ¡Aeoh! —aburrido ya. Cuando uno grita quisiera fastidiar al menos a media docena de malandrines surtido y no quedarse así, sin respuesta, sin la atención de nadie que se sienta ofendido.

Abrí el balcón y salí tal como estaba, en calzoncillos. Se me ocurrió, para pasar por el cuello tanta y tanta soledad, jugar a hombre importante:

—Os agradezco —dije a los adoquines de la calle, a las farolas y a los ladrillos de las casas fronterizas—, os agradezco en el alma este inmerecido homenaje. Yo, como todos sabéis, únicamente soy un hombre sincero. Donde vi podredumbre dije: ¡Podridos! Donde encontré bandidos dije: ¡Ladrones! Donde...

Aquí se me atravesó la frase y grité de nuevo. Grité lleno de rabia y angustia y, sobre todo, lleno de miedo; empezaba a comprender cuánto

bien nos hacen las discusiones mañaneras con la mujer; los follones del tráfico; los insultos escupidos ventanilla adelante y el rumor mecánico de la ciudad en marcha. Ya no tenía nada de eso y, en consecuencia, gritaba asustado. Gritaba porque en mi situación era absurdo hablar: nadie escuchaba ya y, sobre todo, nadie no-escuchaba, que es a lo que estaba habituado.

Al afeitarme, la maquinilla eléctrica me trajo el consuelo del ruido; la vibración amiga contra la piel tibia de mi cara; el runrún monótono de las cuchillas contra mi pelo: el calor de ciento veinticinco voltios hablándome de la mañana y del tiempo y de la vida...

Y sin embargo debía gritar... Era lo correcto. No podía seguir siendo el mismo en mitad de un mundo solitario. No lo deseaba, además. La vida es como un disco rayado: se repite y, a veces, nos molesta por eso. Pero cuando se sale de sus cauces normales, cuando es enteramente nueva y distinta y desconocida, entonces, el grito. El grito, igual que el niño recién nacido; como el hombre que definitivamente muere: el grito...

En la calle los chorros de soledad alcanzaban todos los rincones. Ni en las noches más oscuras es posible imaginar algo así: sabemos siempre que alguien (millares de personas) duerme cerca de nosotros, que respira, que sueña. Aquí, en cambio, todo adquiere la categoría de enemigo. Las cosas están contra nosotros. Se rebelan e inician una revolución contra nuestra opresión humana... Las cosas.

Subí al coche y recorrí la ciudad. Iba tocando continuamente la bocina, y con la primera puesta, para que el motor del coche atronara toda la soledad. Por último, y para evitar el grito, canté a todo pulmón. Aún lo recuerdo:

*En un delicioso lago
de verde y frondosa orilla,
en una frágil barquilla...*

Pero me sentía definitivamente perdido; absolutamente a merced de mi silencio: la compañía, más que proximidad, significa conocer que alguien, en un momento dado, puede oírte y puede ayudarte. Justo lo que me faltaba a mí. Por eso debía protegerme contra el olvido de mi propia persona, contra la mudez y, por lo tanto, contra la animalidad que poco a poco me poseería.

—Buenos días —le dije a una farola— ¿Cómo está usted? ¿Ha dormido bien?

—Muy bien, gracias. ¿Y usted? —me contestó.

—De perlas —dije sin fijarme en lo estrambótica que puede resultar una farola parlante—. Hace un día magnífico.

Más adelante, un buzón me sonrió:

—Poco trabajo hoy, ¿verdad? —le dije.

—Poco, sí señor. Los días de fiesta son muy necesarios.

—¿Los días de fiesta? Creí que hoy era martes.

El buzón, milagrosamente, consiguió sonreír un poco más todavía. Se burlaba de mí y comprendí que, de algún modo, me odiaba:

—Mañana será martes.

—Pero ayer era lunes.

—Sí, ayer. Es que hoy es un no-día. Es el día de las cosas.

—¡El día de las cosas! ¡Huy! ¡Huy! —dijo un cubo de basura abandonado sobre la acera—. Uno cada siete es poco: debiéramos quejarnos al sindicato.

Asombrado, no acababa de comprender el asunto, de modo que una máquina de escribir me llamó desde la ventana abierta:

—Discúlpelos —me dijo—. No están familiarizados con su mundo.

—¿Qué es eso del no-día?

La máquina de escribir sonrió de una extraña forma con su teclado.

—Ustedes los hombres —explicó— trabajan seis días y descansan el séptimo, ¿no? En cambio, nosotras las cosas, no, porque nos utilizan constantemente. ¿Cuál es el descanso de una bombilla? ¿Y el de un cenicero? ¿Y el de una baldosa? Pero el mundo se rige por inmutables

leyes, y por eso también nosotros tenemos nuestro no-día para descansar libres de los hombres. ¿A santo de qué se imaginan que su mundo febril resiste? Si no fuera por esta vacación semanal, otro gallo les cantarí.

—¿Y yo? —dije— ¿Cómo he llegado yo a este no-día?

La máquina de escribir lo pensó un buen rato y luego cambió de tema. Se la notaba divertida con mi ignorancia:

—No lo sé —dijo al fin—. Presente usted una queja y, sobre todo, no utilice ninguna cosa: podrían demandarlo.

Grité de nuevo y esta vez de pura angustia: he aquí que había quedado atrapado en el universo de las cosas. ¿Hasta cuando? ¿Para siempre? Es tremendo vivir rodeado de objetos sin alma, empeñados en imitar torpemente las costumbres de los hombres.

Y grité. Ellas, las cosas (las terribles y frías cosas) se rieron a mi alrededor. Mi coche, un modelo del setenta y dos, se puso a seguirme mientras me maldecía:

—¡Miradle! —decía—. Toda la vida la ha pasado regañándome sin tener en cuenta mi poca edad, exigiéndome esfuerzos que él mismo era incapaz de realizar... Ahora está sólo. Sólo.

A mis pies, un adoquín me insultó:

—¡Canalla! —escupió—. ¿Quisieras que todos te pisaran? ¡Hombre! ¡Maldito!

Una moto comenzó a perseguirme:

—¡Corre ahora! —gritaba—. Pin, porrón, pon (hacía su motor de dos tiempos) ¡Llévame! ¡Carga conmigo! Sólo quiero andar unos pocos kilómetros.

Una máquina tragaperras, de esas de tabaco que nunca devuelven el cambio, me lanzó a la cara un chorro de monedas, y cada moneda repetía:

—¡Sorpresa! ¡Sorpresa! Ahora seremos nosotras las que te gastemos.

—¡A ver! —decían atrás—. Un refresco de medio hombre. Un bocadillo de

hombre y medio.

Entonces todas las cosas vinieron hasta mí. Me amenazaban con sus insensibles cuerpos llenos de odio. Me amenazaban por ser yo hombre y ellas sólida materia. Y tuve que huir por las calles y refugiarme después en casa. Por las escaleras me perseguían los peldaños y me mordían los pies con la contrahuella.

—¿No nos pisabas ayer? —rugían— ¡Pues toma!

Grité en la terraza y, por último, caí. Caí gritando.

Desperté de nuevo en mi cama. Nadie quedaba a mi alrededor y supe que estaba solo. Las sábanas desiertas conservaban la huella de mi mujer ausente. A mi alrededor el mundo permanecía silencioso.

Salí desnudo al balcón a enfrentarme con las calles solitarias:

—Os agradezco este inmerecido homenaje —les dije.

Y grité. Y grité. Y volví a gritar... ¿Me entienden?

Diez no-días han pasado desde entonces y yo sigo atrapado en este mundo de las cosas. Me parece que llevo toda la vida en él. Y, mientras, las cosas cada vez me persiguen más de cerca, cada vez me maltratan más y más... Un día de estos me atraparán por fin y entonces... Un día de estos...

O, mejor, un no-día.

¡Auxílienme!

Publicado en el Diario Menorca el 21 de agosto de 1973.

Arturo Robsy



Arturo Robsy Pons (Alayor, Menorca, 10 de julio de 1949 - Mahón, Menorca, 15 de julio de 2014) fue un escritor, poeta y articulista.

Durante sus años de juventud publicó relatos de forma continuada en la prensa local, especialmente en el Diario Menorca, labor que compaginó con la coordinación de una sección en el mismo periódico en el que se publicaban cuentos de autores noveles. Conocido polemista, colaboró también de forma regular con prensa escrita de ámbito nacional, como "El

Alcázar" y, tras la desaparición de éste, en "La Nación", así como en revistas y publicaciones como "Cuadernos de Humor", "Razón Española", "Altar Mayor" y la revista de la Fundación Francisco Franco.

Cultivó la amistad de otros escritores e intelectuales ideológicamente afines, como Fernando Vizcaíno Casas, Ángel Palomino, Marcelo Arroita-Jáuregui, Juan Luis Calleja y el poeta Alfonso López Gradolí.

Su obra literaria, tanto en verso como en prosa, en el ámbito de la ficción o el ensayo, es inseparable de su pensamiento político, ya que se consideró durante toda su vida falangista. Su activismo político y militancia, así como la marca indeleble de éstos en su obra, marcaron su exclusión de los circuitos comerciales editoriales, si bien no acabaron con su determinación a escribir y ser leído: autoeditó buena parte de su obra y fue pionero en la distribución en formato digital de sus escritos, primero en forma de discos enviados por vía postal, posteriormente a través de una BBS propia y, con el advenimiento de Internet, a través de distintos blogs y colaboraciones con medios digitales.